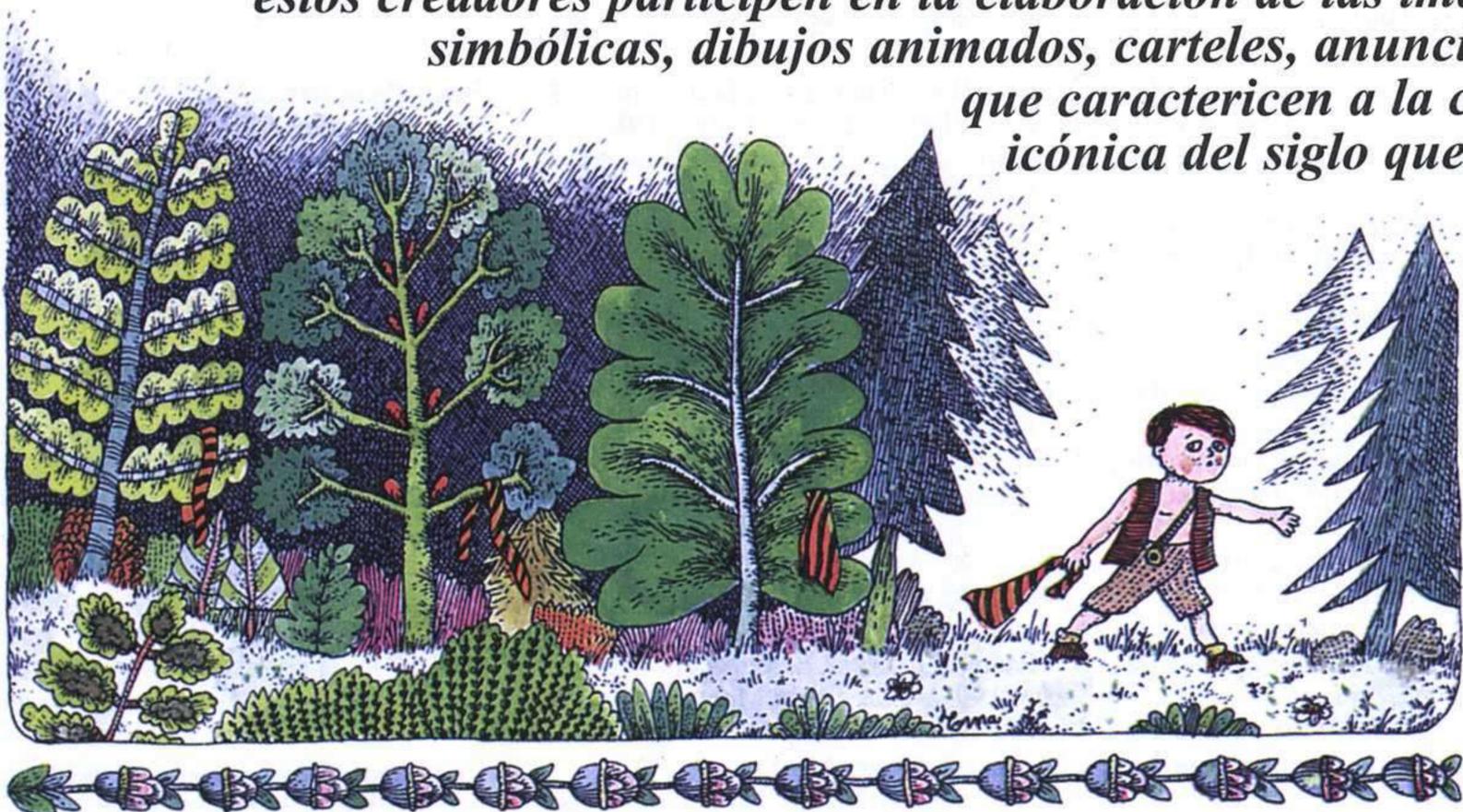


Para una educación de la sensibilidad

por Enric Satué*

En su conferencia de clausura del Simposio, Enric Satué se planteó el futuro profesional de los ilustradores de libros, y su papel en lo que llama la «revolución gráfica» de los próximos años. En opinión de este diseñador gráfico, la labor que nuestros ilustradores pueden realizar debería ser primordial. En un momento en que la actuación de los ilustradores de libros va quedando reducido a mínimos inquietantes, Satué propone como camino alternativo que estos creadores participen en la elaboración de las imágenes simbólicas, dibujos animados, carteles, anuncios etc. que caractericen a la cultura icónica del siglo que viene.



DÉCADA DE LOS 80: LUIS DE HORNÁ, LA PIEDRA ARDE (1980).

El diseñador gráfico e historiador del diseño, Enric Satué, autor, entre otras obras, de *El diseño gráfico. Desde los orígenes hasta nuestros días*, clausuró el Simposio con la ponencia «Para una educación de la sensibilidad». El texto era la segunda parte de los apuntes expuestos, antes de la caída actual del libro ilustrado en la producción editorial, en el curso de la Bienal Internacional de Ilustración celebrada en Barcelona en 1990, con motivo del Premio Cataluña de Ilustración.

El aprendizaje visual

• El factor estético

Todos sabemos que, desde la perspectiva de la producción, la estética es una actividad más bien parasitaria y, al no generar grandes riquezas económicas, en las sociedades desarrolladas no la consideran un servicio vital. A pesar de su implacable lógica, es evidente que esta razón no es lo suficientemente poderosa como para justificar el grado de marginación que sufre en los programas educativos generales. Más bien parece que contra esta nobilísima rama del conocimiento humano se aplica una inconsciente y perpetua represión, probablemente debida al peligro latente de que la interpretación de la realidad a través de la estética desarrolla en los gobernados su conciencia crítica, y esta es una posibilidad que no está dispuesta a amparar ningún estado, y menos que ninguno el Estado de Bienestar.

El viejo romántico Schiller, por ejemplo, proponía, en *La educación estética del hombre*, una dulce consigna que ningún colectivo ha conseguido jamás llevar a la práctica: «Para resolver en la experiencia el problema político es preciso tomar el camino de la estética, porque a la libertad se llega por la belleza».

Tras la jubilación anticipada de la Urbanidad, la Religión, el Latín, la Filosofía y la Ética de los planes de estudios generales básicos que se han ido sucediendo en los últimos doscientos años, resulta sospechoso que la Estética no haya tenido todavía su oportunidad como asignatura moral, más allá de los prosaicos servicios a la motricidad y la expresión espontánea de los más pequeños, característicos de los procesos de aprendizaje más elemen-

tales de los últimos decenios. Para moral, el Latín, sobre todo desde que un relevante personaje de la cultura contemporánea contó que, de pequeño, preguntó a su profesor de Filosofía para qué servía el latín: para cocinar, por ejemplo. Porque, para cocinar bien, se precisa sentido común y el latín provee de sentido común.

Asimismo, cuando un arquitecto de la talla intelectual de Rafael Moneo confiesa que se siente satisfecho de ver el mundo con ojos de arquitecto, está afirmando la decisiva influencia del componente estético en la comprensión, no sólo precisa, sino también bella, del mundo. Sería hermoso que por lo menos los habitantes del tercer milenio pudieran ver el mundo con ojos de esteta, contando con que el pleno desarrollo de los medios de comunicación visual no conocerá su máximo apogeo hasta el siglo que viene. Ante la hipótesis de incidir en la educación de la sensibilidad estética infantil y juvenil, ¿qué lugar debería ocupar la estética en las asignaturas escolares y qué sentido habría que dar al proceso de iniciación del niño a la lectura? Algunos han respondido ya a la hipotética pregunta tomando partido públicamente. Para Rudolf Arnheim, por ejemplo, una

formación humanística global sería la alternativa a oponer a las perspectivas tecnocráticas dominantes en Estados Unidos, y la filosofía, *el aprendizaje visual* y la formación lingüística deberían constituir las tres áreas centrales para dotar la mente del joven con una configuración capaz de afrontar con éxito todas las ramas educativas.

El aprendizaje visual es, para mí, el camino recto.

• El factor artístico

Joan G. Junceda, uno de los más admirables ilustradores de nuestra historia, al que el pintor Joaquim Mir le asignaba el primer lugar en el mundo de haber nacido en Estados Unidos, apostillaba sostenía, con sus 40.000 espléndidos dibujos a cuestas y desde su estricta y reconocida moral, una tesis verdaderamente difícil de formular desde su pedestal: «Los libros no deberían ilustrarse, ya que toda intervención en este caso la del dibujante, es coaccionadora y constituye un atentado a la imaginación del lector».

Asimismo, el gran renacentista Aldo Manuzio, que con un único libro ilustrado, *Hypnerotomachia o El sueño de Polifilo*, se situó para siempre a la cabeza de la



DÉCADA DE LOS 80: MONTSE GINESTA, LA CAJA VERDE (1982).

producción universal de incunables, se mostró extremadamente reacio a editar libros ilustrados (en realidad, este fue un encargo). Su preferencia por los libros sin ilustraciones ni ornamentos fue total, y el partido que le sacó tan impresionante que incluso cuando dejaba sangrías al comienzo del texto para iluminar a mano, discrecionalmente, la inicial correspondiente y en el blanco resultante componía una mayúscula diminuta para indicar simplemente la letra prevista, se agradece que la dejaran sin pintar las más de las veces, como los márgenes, a fin de contemplar la belleza de un libro sin concesiones, hecho exclusivamente según la concepción estética de la tipografía.

William Morris, en su famosa utopía *Noticias de ninguna parte*, confiesa también su plena identificación con el espíritu aldino a pesar de los magníficos libros ilustrados que editó: «Advertí que los libros del s. xv eran sencillamente hermosos a causa de su tipografía, incluso sin los clásicos ornamentos, algunos de los cuales eran excesivos. Mi empeño esencial al producir libros fue que constituyeran un placer para la vista, al contemplarlos como piezas de tipografía y composición de tipos. Bajo este punto de vista, comprendí que había que considerar, prioritariamente, las siguientes cosas: el papel, la forma del tipo, el correcto espaciado de letras y palabras y los márgenes».

Cuatrocientos años después de aquella única y deslumbrante edición, Walter Crane, principal colaborador de Morris y sus exquisitas ediciones, sentenciaba desde la sólida experiencia del ilustrador: «El estilo de los 164 dibujos, la calidad de su trazo, la simplicidad y al mismo tiempo la riqueza de los dibujos, el aire poético, el misticismo de algunos y el paganismo de otros, convierte la serie en un todo inmejorable».

Por su parte, Walter Benjamin, tan aficionado a los libros que en los años 20 escribió con cierta frecuencia acerca de la ilustración contemporánea no precisamente a su favor, aunque reconociera que el libro infantil y juvenil alcanzó las cotas más altas de su historia en el s. XIX, animaba a seguir los modelos clásicos recordando que «las de mejor linaje descienden en línea recta del Renacimiento, y uno de los impresos más preciosos, la

Hypnerotomachia o El sueño de Polifilo representa, en este sentido, el máximo título nobiliario».

Este es para Junceda, Manuzio, Morris, Crane, Benjamín y también para mí, el camino más recto y con mejores vistas.

La cultura icónica del próximo siglo

• La industria de la imagen

El desarrollo espectacular de los medios de comunicación audiovisual ha transfigurado por completo nuestros hábitos perceptivos. La primera industria del mundo formada por la televisión, los medios de comunicación impresos (periódicos revistas), el cine, el vídeo y la telemática, ha designado un nuevo orden en la construcción de imágenes, siguiendo un proceso que está lejos de concluir y que llaman «la revolución gráfica», compuesta en primer lugar por imágenes simbólicas, dibujos animados, carteles y anuncios.

En este contexto, la ilustración gráfica convencional (una forma de comunicación hegemónica en el s. XIX, con la

invención de la litografía y el auge de la ilustración como vehículo gráfico generalizado en libros, periódicos y revistas) se ha visto reducida a servicios cada vez más marginales, conviviendo con una pujante gama de sistemas de representación que van de la imagen geométrica a la puramente abstracta, de la figurativa en todas sus expresiones —dibujada, fotográfica, realista, humorística— a la pictográfica y de la infográfica a la logográfica, ésta en ascenso hacia su liderazgo absoluto en el s. XXI o «el siglo de las marcas» pronosticado por los agoreros.

• La empresarialización de la edición

James Squires, director durante más de treinta años del *Chicago Tribune*, escribe en *Chantaje a la prensa* algo que puede aplicarse literalmente al sector del libro ilustrado: «Hoy los grandes grupos editoriales son empresas preocupadas por los beneficios, con acciones en bolsa. La política tradicional de mantener el departamento comercial alejado de la elaboración de las noticias ha empezado a cambiar. Los directores comerciales ayudaron, al principio discretamente, a



DÉCADA DE LOS 80: ALFONSO RUANO, EL SEÑOR VIENTO NORTE (1983).

los directores ejecutivos, y el éxito de su gestión ha hecho multiplicar los ingresos empobreciendo la calidad del producto, quizá definitivamente».

Efectivamente, para bien o para mal, antes pesaba más la parte editorial que la comercial por la sencilla razón de que el propietario solía sentirse más editor que comerciante, en el sentido idealista del término, en un tiempo en que las actividades editoriales en general eran, como recuerda Squires al hablar del periodismo, «un negocio con consciencia y con un propósito elevado». El mercado está dando la razón a los nuevos ejecutivos porque, efectivamente, como dice Daniel Pennac, «hoy no cuentan tanto los hábitos de la lectura como los de consumo». O los autores de éxito, que reconocen abiertamente que aunque se venden más libros, hoy se lee menos.

• *La desaparición de la infancia*

Marshall McLuhan ya lo anunció apocalípticamente hace 30 años, poniendo a la ciencia por testigo: «Hay un mundo de diferencia entre el aula y el ambiente de información eléctrica integrada del hogar moderno. Al niño televidente de hoy se lo afina con el diapasón de las noticias *adultas* al minuto: inflación, disturbios, guerra, impuestos, delincuencia, beldades en traje de baño (en eso se quedo corto, hoy salen en carne viva), y queda perplejo cuando ingresa al ambiente del s. XIX que caracteriza todavía al sistema educacional, con información escasa pero ordenada y estructurada por patrones, temas y programas fragmentados y clasificados. Se trata, naturalmente, de un ambiente muy semejante al de cualquier fábrica, con sus inventarios y cadenas de montaje. El *niño* fue un invento del s. XVII; no existía en los tiempos, digamos, de Shakespeare. Hasta entonces, estaba fundido en el mundo adulto y no había nada que pudiera llamarse infancia en el sentido que nosotros damos la palabra».

Hoy, evidentemente, tampoco. Y a juzgar por lo que dice Neil Postman en un libro dedicado por entero a esta cuestión, *La desaparición de la infancia*, en eso no va a haber marcha atrás: «Tener que presenciar cómo el encanto, la maleabilidad, la inocencia y la curiosidad de los niños se degrada, y acto seguido se

transforma en los caracteres menores de la pseudomadurez, es doloroso y desagradable y, sobre todo, triste. Pero consuela pensar que si no podemos decir nada sobre cómo evitar un desastre social, quizá sea útil intentar simplemente entender porque está pasando».

A modo de conclusión

Si ya no podemos hablar con propiedad de niños, si los escenarios de la imagen han tomado otros derroteros y si el margen de actuación de los ilustradores de libros va quedando reducido a mínimos inquietantes, habrá que ir pensando en diversificar las prestaciones de tan espléndidos creadores de imágenes. Porque, si una cosa es cierta es que la imagen como medio de expresión y comunicación va a ser más y más solicitada en los próximos años, y desde luego, en el próximo siglo.

La labor que pueden desarrollar nuestros ilustradores en el conjunto de la «revolución gráfica» debería ser primordial, participando en la elaboración de las imágenes simbólicas, dibujos animados, carteles, anuncios, *flyers* o cualquier otro trámite que caracterice a la cultura icónica del siglo que viene. Para ello, podemos tomar como ejemplo una experiencia gloriosa que tuvo lugar mil trescientos años atrás, cuando el ilustrador más brillante y original de toda la historia española (y quizá universal) fue perfectamente consecuente con su época. En efecto, el humilde fraile benedictino Mayo (o Magius), a quien sus compañeros de convento llamaban admirativamente príncipe de pintores, tuvo la gran fortuna de ilustrar con un estilo propio de las más fabulosa originalidad un texto clásico, el *Comentario al Apocalipsis de San Juan*, conocido familiarmente desde entonces como Beato de Liébana. Sin embargo, pese a su excepcional categoría y novedad, esta obra quedó perfectamente encajada en el contexto general de expresión de la imagen de aquellos tiempos, por una razón bien sencilla. Por citar un solo caso, las pare-



DÉCADA DE LOS 80: JESÚS GABÁN, EL CASCANUECES Y EL REY DE LOS RATONES (1987).

des de las iglesias románicas exponentes comunicacionales de entonces equivalentes a los que hoy suponen las imágenes del televisor y las vallas publicitarias urbanas a un tiempo, estaban decoradas con pinturas murales con temarios muy parecidos y tratamientos estilizados del todo semejantes.

Este es, en fin, para mí, el único camino recto verdaderamente seguro. Y, desde luego, el más inteligente. ■

* **Enric Satué** es diseñador gráfico, historiador del diseño y profesor asociado de la Universitat Pompeu Fabra.